

# Carta Pastoral del Obispo con ocasión del inicio del curso 2025-2026

## Discípulos misioneros

Comenzamos un nuevo curso en la diócesis de Segovia, que para mí será el primero completo. Al concretar una tarea que nos ayude este año a avanzar juntos en el seguimiento de Cristo, pienso que en primer lugar hemos de mirar el camino realizado los tres últimos años a través del plan pastoral trienal propuesto por mi querido antecesor D. César Franco, bajo el título: «Hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). Este plan tenía un objetivo general consistente en «ahondar en nuestro ser discípulos misioneros». Y este se desarrollaba en cinco objetivos prioritarios: (1) revisar y fortalecer los procesos de iniciación cristiana; (2) acompañar y evangelizar la piedad popular; (3) Reflexionar sobre la corresponsabilidad laical y la sinodalidad; (4) Mirar la familia como ámbito preferente de evangelización; y (5) redescubrir la vocación bautismal buscando espacios de comunión y compromiso social.

La tarea de este curso consistirá, por tanto, en mirar estos aspectos de la vida de la Iglesia, reconocer el camino que se ha recorrido y el que queda por recorrer y discernir, de cara a un próximo trienio, cuales han de ser nuestras prioridades en la misión a la que el Señor nos llama como discípulos suyos.

En este mismo sentido, las tres vicarías sectoriales que ya han empezado a trabajar nos servirán para ordenar y dinamizar esta tarea, generando equipos de trabajo y proponiendo proyectos concretos a través de los cuales, algunos puedan verse llamados a participar de forma más activa en la vida y misión de la

Iglesia en Segovia. Estos proyectos se desarrollan en base a tres preguntas que podemos hacernos al principio de curso:

**¿Para quién soy yo?** Ser discípulo de Jesucristo es descubrir que él nos ha dado la vida, no para meramente conservarla o dejar que pase, sino para entregarla en servicio a los demás.

La iglesia «vive un don gratuito: Dios mismo, como aquel es radicalmente in-útil, que no se puede atribuir a lo utilizable ni comerciable; y a cuyo don se corresponde en el abandono total, sin otro objetivo que el de creer, dar gracias a Dios, reconocerlo, alabarlo y vivir en esa reciprocidad fraterna, posible en cuanto se permanece en el amor con el que Cristo ama a sus discípulos.

En esta gratuidad y en este “no tener otro objetivo que corresponder con una vida agradecida, alegre, de alabanza, de confesión de la culpa y de reciprocidad buena al don que la hace existir”, está quizá inscrito uno de los mayores recursos profético-misionero de la Iglesia para la actualidad». (Repole<sup>[1]</sup>,116)

Nos referimos a la necesidad de generar una cultura vocacional. La pregunta vocacional no se refiere sólo a las vocaciones al celibato consagrado, sino también al matrimonio, y también al servicio en nuestros trabajos, en la escuela o en la vida social más amplia. La pregunta vocacional es para todos.

Lo que la Iglesia ha de hacer disponible para todos es el mismo don del que ella vive: es decir, el haber encontrado hospitalidad en la humanidad resucitada de Cristo y, por tanto, en Dios mismo. Es decir, se trata de donar gratuitamente a otros que existe un sitio para todos en Cristo; y que nada ni nadie está excluido de ese espacio de vida que se ha abierto en Dios, ante todo, para el cuerpo humano de Jesús en su resurrección después de su muerte y, por el don del Espíritu, también para cada hombre. (Repole, 132)

Esta pregunta ha de partir del encuentro personal con Cristo. Renovar este encuentro nos lleva a un nuevo horizonte vital de relaciones en Él, que es la Iglesia.

Estas líneas serán desarrolladas por la Vicaría para las vocaciones.

**¿Cómo no anunciar el evangelio?** Como discípulos de Jesucristo, estamos en deuda por haber conocido un amor tan grande. Y esto nos hace, con San Pablo decir «¡ay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9,16). El don que hemos recibido no puede quedarse en nosotros, sino debe redundar en muchos, empezando por aquellos que están a nuestro lado. Estamos en deuda con todos los hombres, pues en toda ocasión nos dan la posibilidad de testimoniar el amor que hemos conocido.

En la iglesia existe un anticipo sacramental de la plena glorificación de Dios que comporta que él sea glorificado en una correspondencia filial y fraterna que será de modo pleno y consciente: esto hace necesaria la misión, a pesar de que Dios también sea glorificado fuera, en los miles de senderos de la humanidad, de su cultura, de sus religiones, en los que actúa y es acogido el espíritu. Resulta decisiva la acogida con la que la Iglesia corresponde al don de manera plena y consciente, participando en el espíritu de la reciprocidad del Hijo al Padre porque sin ella no se explica el don en toda su fuerza. El aspecto fundamental de la correspondencia con la cual se adhiere plena y conscientemente al Dios que se dona es el que hace necesaria la redundancia de un don que ha sido dado no sólo a la iglesia ni para la Iglesia, sino a toda la humanidad y que puede desde ahora llegar a todos los hombres. (Repole, 124)

Este anuncio se vive, en primer lugar, en la familia a través de la transmisión de la fe en la iniciación cristiana. Una primera tarea será ayudar a las familias que se acerquen a nosotros a renovar su fe y hacerles capaces de poder trasmitirla a sus hijos. La devoción popular, nuestras tradiciones, siguen siendo un precioso vehículo de transmisión de la fe y de evangelización, pero por eso debemos cuidarlas para que no se vacíen de su centro quedando, así, como huecos

objetos de museo. La misión nos llevará también a nuevas formas de misión y acompañamiento con equipos de misión formados por sacerdotes, consagrados y laicos, (todos discípulos misioneros), en una corresponsabilidad diferenciada, para que cada uno desde su estado ministerial y capacidades personales, alentemos la vida de nuestras comunidades parroquiales.

Un factor importante para trabajar será la capacidad de acogida, el don de la hospitalidad.

La Iglesia sólo puede ofrecer el don del que vive donándose a sí misma como espacio de hospitalidad a todas las mujeres y hombres con los que entra en relación. El don de la hospitalidad en Cristo que debe la Iglesia a la humanidad sólo puede ser ofrecido por la mediación de una hospitalidad en la propia Iglesia. (...)

En este movimiento, la Iglesia participará de verdad de la misma misión de Cristo y del estilo con el que él la realizó. Caminando por las rutas de Palestina, Cristo ofreció efectivamente la presencia de Dios haciéndose Él mismo espacio de acogida para todos con los que se encontraba. (132-133)

Anunciar el evangelio conlleva ser capaces de acoger en nuestras iglesias a aquellos que llegan, abriéndonos a nuevas formas, no quedándonos encerrados en el “siempre se ha hecho así”. Esto es combatir la “cultura del recambio”. Muchas veces en nuestras parroquias la gente está preocupada no tanto por anunciar el evangelio, sino por que otros vengan para darme el relevo en lo que yo hago. Pero no dejo de hacerlo, sino que quiero que vengan y que lo hagan “como yo lo hago” sin irme. Los laicos que nos ayudan (catequesis, liturgia, economía...) buscan una especie de “aprendices de brujo”. Salir de la cultura del recambio y hacernos comunidades acogedoras, no es espontáneo, ha de ser educado.

Misión en sentido propio no es algo que puede ser producido y organizado, sino que es cada vez un acontecimiento nuevo; con ello, la Iglesia presente no es simplemente ampliada, sino que cada vez que ocurre se regenera de nuevo. Nadie puede deducir a priori lo que sucede

concretamente cuando es anunciado el Evangelio en una cultura diferente. (W. Kasper. cit. en 155) (...)

Si se da pues un verdadero don del anuncio, la Iglesia ya no puede ser sencillamente igual así misma. Se encuentra enriquecida y transformada por aquellos hacia los que ha redundado el don. (155)

Estas líneas de misión y sinodalidad irán siendo desarrolladas por la vicaría para la evangelización.

**¿Qué quieres que haga por ti?** A poco que miremos a nuestro alrededor encontraremos situaciones de dolor y sufrimiento entre nosotros. La mirada del buen samaritano nos lleva a no pasar de largo.

Esto solo es posible si hay una escucha real y vulnerable del donatario -en el conocimiento efectivo de sus necesidades- y no una imposición de cualquier "proyecto caritativo" previo. (Repole,165).

Muchas veces no sabemos qué hacer y la impotencia puede tentarnos a mirar para otro lado. Pero esto es justo lo que no podemos hacer desde el amor que hemos conocido. Como decía recientemente el Papa León XIV, «donde está el mal, allí debemos buscar el alivio y la consolación que lo vencen y no le dan tregua. (...) Apoyar la cabeza en un hombro que te consuela, que llora contigo y te da fuerza, es una medicina de la que nadie puede privarse porque es signo de amor. Donde el dolor es profundo, aún más fuerte debe ser la esperanza que nace de la comunión. Y esta esperanza no defrauda»[\[2\]](#).

La práctica de la caridad de la Iglesia es también auténtica redundancia del don cuando por los cristianos es ofrecida la hospitalidad en Cristo por mediación de la hospitalidad en ellos de un modo no paternalista, en el que el donante se deja transformar realmente por el encuentro y la relación con el necesitado. (Repole,166)

A educar esta mirada hacia los más vulnerables y a la respuesta que hemos de dar desde el don recibido, nos irá ayudando la vicaría de pastoral social.

Comenzamos un nuevo curso de la mano de la Virgen de la Fuencisla y San Frutos, alegres por la esperanza jubilar que hemos vivido en las diversas peregrinaciones a Roma o a nuestra Catedral. Os invito a que lo vivamos en la alegría que nace del encuentro con el Señor.

[1] «Repole» se refiere a citas del libro: El don del anuncio. Repensar la Iglesia y su misión. Roberto Repole, BAC, Madrid 2025.

[2] León XIV, Vigilia de oración del Jubileo de la Consolación, 15 de septiembre de 2025